

Bibliografía

JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ NEILA: *Los Balbos de Cádiz*. (Dos españoles en la Roma de César y Augusto). Anales de la Universidad Hispalense. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, n.º 19. Sevilla, 1973, 323 págs. 1 fig. y 11 láms.

Pretender enjuiciar el primer libro de un autor, siempre es una tarea difícil y complicada, sobre todo si no es de nuestro agrado. En este caso no se nos presenta tal problema; primero, porque tanto el tema como su desarrollo son interesantes y segundo porque los resultados conseguidos son tan sorprendentes que nos hacen pensar que provengan de un escritor maduro y muy versado en la problemática histórica de la época, más que de un joven investigador iniciado en tales problemas.

El propio Francisco J. Presedo, que prologa el libro, nos da una idea muy clara de la importancia y cualidades que ofrece este trabajo: «Es un trabajo —dice— de juventud, con toda la pasión y empuje de un novel investigador, templado por una serenidad de juicio que promete una brillante carrera dentro de la Historia Antigua».

El tema elegido por el autor, *Los Balbos de Cádiz*, no era un tema virgen. Numerosos investigadores ya se habían ocupado de él en diferentes ocasiones ¹.

A pesar de esto, el autor, tras un nuevo estudio, minucioso y detallado de las fuentes antiguas y un repaso cuidadoso de toda la bibliografía anterior, además de un perfecto conocimiento de la Historia romana del siglo I a. d. C., nos presenta un excelente estudio sobre los personajes de los gaditanos Balbos, cuyo resultado se manifiesta en el libro que reseñamos.

¹ Los últimos trabajos referentes al tema de los Balbos fueron publicados por: C. TORRES: *Aportaciones de España a la obra política de Roma: Los Balbos*, «Boletín de la Universidad de Santiago», 1947, pp. 78 y ss. y por LISARDO RUBIO: *Los Balbos y el Imperio Romano*, en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Buenos Aires, 1949 (pp. 67-119) y 1950 publicado en 1951 (pp. 142-199).

El contenido del libro está expuesto en una Introducción, un cuerpo central dividido en veinte capítulos y un capítulo final de conclusiones.

En la Introducción, Rodríguez Neila, nos ofrece un comentario crítico de los trabajos que hasta el presente se habían realizado sobre los personajes de los Balbos.

Dedica el autor los tres primeros capítulos al estudio de la personalidad, la patria, el origen de la familia y el nombre de los Balbos.

En los capítulos del cuatro al quince inclusive, estudia el personaje de Cornelio Balbo el Mayor siguiendo los pasos fundamentales de la Historia romana: la guerra sertoriana, la guerra civil, César y Augusto.

En este período de crisis y resquebrajamiento de las instituciones de la República romana, es, precisamente, cuando Balbo el Mayor, íntimo amigo y colaborador de César, consigue encumbrarse en los más altos cargos del «cursus honorum» romano. Posteriormente, bajo Augusto, Balbo el Mayor sentaría el precedente de que un provinciano podía ocupar la más alta magistratura de Roma: el consulado y la inmediata entrada en el Senado. Con su subida al consulado, Cornelio Balbo el Mayor, culminaría su brillante carrera política. Y más aún, debió significar el fin de toda una vida —como dice el propio autor— si no al servicio de una idea política clara y dominante, sí, por lo menos, de dos hombres eminentes del momento, César y su heredero Octavio.

En los capítulos finales del libro, del dieciséis al veinte, y con la retirada de la vida política activa de Cornelio Balbo el Mayor, Rodríguez Neila, nos presenta la figura de Balbo el Menor, típico representante de la familia de los Balbos y que conseguiría ascender en su carrera política incluso mucho más que su tío, Balbo el Mayor. Fue nombrado procónsul de Africa y «paseó su triunfo» por Roma, cosa que jamás, hasta él, había conseguido ningún provinciano. Fue muy destacada su actividad edilicia en Roma y en su patria, Cádiz. Activo constructor de monumentos arquitectónicos como el teatro de Marcelo construido a sus expensas y bajo su dirección. Fue, por último, amante de las artes y de las letras como fiel representante del círculo de Augusto.

Como colofón, Rodríguez Neila, nos ofrece dos conclusiones fundamentales que pueden entresacarse del contenido de su libro. La primera se refiere al ascenso de los provincianos a los altos cargos de la política y sociedad romana, y la segunda al ascenso de la clase ecuestre a los altos puestos de la política romana.

Rodríguez Neila, ha sabido presentarnos en su libro el fascinante mundo romano e hispano-romano del siglo I a. d. C., con sus luchas y partidos políticos, con sus problemas sociales y económicos dentro de sus coordenadas históricas, vislumbrado, precisamente, a partir de dos personajes provincianos, de nuestra patria, de la antiquísima y milenaria ciudad de Gades. Los Balbos propiamente de origen no-romano, pero tan directamente implicados en la política romana que muchas de sus directrices dependían, en buena parte de su actuación, aunque ésta fuera en un segundo plano como hemos podido ver a lo largo de este libro.

En definitiva, el libro nos parece sugestivo, de fácil lectura y de gran interés a pesar de salir de la mano de un investigador novel al que auguramos un futuro prometedor dentro de la Historia Antigua.

MAURICIO PASTOR MUÑOZ

PAUL-MARIE DUVAL: *Résumé du Paris Antique*. Hermann, Editeurs des Sciences et des Arts, Paris, 1972, 95 págs. 43 ilustraciones. 99 francos.

Este librito, como el mismo título indica, es un resumen de la tesis doctoral del autor: *Paris antique, des origines au troisième siècle*, aunque revisado y puesto al día, sobre todo, por los recientes descubrimientos arqueológicos.

Como todo resumen carece de la amplitud necesaria para tratar un tema tan extenso como el de París Antiguo, sin embargo, el autor nos lo ha sabido presentar con tal claridad que, a veces, le ha beneficiado su concisión.

El librito confeccionado a modo de guía por el París Antiguo, nos presenta, en primer término, la ciudad gala de *Lutecia*, fundada en la actual isla de la ciudad en el siglo tercero antes de nuestra era. A continuación nos describe la ciudad durante el Alto Imperio haciéndonos ver la importancia que iba adquiriendo en las diferentes épocas. Durante la paz romana la ciudad llegó a ser doble, la segunda se extendía por la colina de la orilla izquierda del Sena. Numerosos aspectos de la ciudad, durante el Alto Imperio, son sacados a la luz, aunque todos ellos tratados muy sucintamente: El Foro de la calle Souflot, el anfiteatro, el teatro, las termas del Este y las del Norte, los templos y sus cultos, la población y sus necrópolis y algunos otros más que nos presenta el autor tras analizar detenidamente los nuevos y recientes descubrimientos, habidos en las excavaciones arqueológicas.

Lutecia durante el Bajo Imperio como ciudad fortificada y el paso de Lutecia a París, capital del reino de los francos, también tienen dedicado su apartado en este libro.

Esta pequeña historia de París desde los orígenes al comienzo de la época merovingia, estudia los monumentos y las inscripciones, sirviéndose de los descubrimientos y excavaciones arqueológicas más recientes. Añade, el autor, textos sobre Lutecia desde Julio César a Baudelaire pasando por Montaigne y Ronsard.

A través de la actual topografía de París, la obra nos revela la huella discreta pero indeleble de la Lutecia galo-romana.

En definitiva, el libro nos parece interesante e ilustrativo aunque, tal vez, demasiado conciso.

MAURICIO PASTOR MUÑOZ

ENRIQUE LLOBREGAT CONESA: *Contestania ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos. Serie II, núm. 2. Alicante 1973, 214 págs., 117 figs. y XVI láms.

El Instituto de Estudios Alicantinos con la publicación de la tesis doctoral de Llobregat Conesa ha prestado un gran servicio a la arqueología española y a todos aquellos que se ocupan del mundo ibérico. Su valor como síntesis, sobria y eficaz, de una serie de yacimientos desperdigados en revistas y publicaciones es de gran interés y sin duda será la base de partida para nuevos estudios.

El A. ha ido desarrollando, a través de su estudio, una serie de temas de indudable transcendencia para el conocimiento del mundo ibérico. La revisión de los yacimientos ibéricos contestanos, conocidos hasta la fecha, el examen analítico de sus materiales, los problemas de la circulación monetaria y sus consecuencias, expuestos en adecuados mapas, el inventario de las inscripciones y de las esculturas, la importante sistematización de las formas cerámicas, la economía, la religión, etc., nos muestran la obra de un investigador maduro, capaz de mayores empeños.

Uno de los problemas, impuesto y discutido en alguno de los más importantes yacimientos y que mayor interés podían suscitar, es el de la cronología, que a mi entender ha sido tratado de un modo poco sistemático, ya que hubiera sido oportuno añadir al libro una discreta discusión cronológica con sus consecuencias, discusión que creemos hubiera podido servir de aglutinante a los distintos aspectos culturales tratados en la obra.

También hubiera sido oportuno profundizar acerca de los orígenes de lo ibero-contestano, que el A. deliberadamente deja de lado, limitándose a señalar una posible ascendencia a través de lo turdetano, lo que a mi entender no es totalmente exacto, ya que turdetanos y

contestanos se influenciaron mutuamente, como puede rastrearse en la difusión de la escultura animalística que desde Levante parece llegar hasta Córdoba (Baena y otros yacimientos) y aún penetrar en el territorio de la cultura de los verracos.

La extensión de la antigua Contestania viene fijada, de acuerdo con Plinio y Ptolomeo, dentro de un territorio comprendido entre el Júcar y el Segura, extrañándose el A. de la escasez de textos antiguos referentes a esta gran región ibérica, que en Estrabón encontramos incluida dentro de la Edetania.

Nos hubiera gustado ver planteado el problema del origen del nombre de la Contestania, al que el A. se refiere en una simple nota, citando la opinión de Albertos, que lo considera procedente de un antropónimo, *Contesta*, solución a la que ya habían llegado nuestros historiadores vernáculos (vid. en FULLANA: *Historia... de Concentaina*, 1920). En relación con este problema recuerdo haber leído, hace muchos años, la ecuación *Contestania* < *Cons-Edetania*, con la posible equivalencia de Edetania del Sur. No sé si la investigación filológica actual aceptará un tal significado y ecuación para una comarca que en algún momento fue considerada como edetana.

Piensa Llobregat, después de su estudio, que la Contestania resulta como una especie de «creación artificial», a pesar de la evidente personalidad de la región durante siglos, operante ya desde el Paleolítico superior (Solutrense ibérico), que llega a una gran floración durante el Neolítico cardial y que se continúa durante el Eneolítico (Calcolítico del A.). El enterramiento colectivo en cuevas, propio de esta etapa contestana, es debido por una parte, a que en ella abundan las cuevas naturales, a causa de la formación caliza de sus montañas, por otra, a que se continuaba una tradición neolítica, ya que en La Sarsa, hace años, fue encontrado un cráneo humano y otros huesos, desgraciadamente en una excavación poco correcta. Las cuevas artificiales aparecen en aquellas comarcas en las que no existen cuevas naturales por falta de macizos calizos. Después de esta etapa adviene la gran floración del Bronce valenciano, dentro de un clima seco, cosa que creo explica la abundancia de poblados y la pequeñez de los mismos, así como su situación y contextura defensiva. También durante la Edad Media la Contestania tiene una personalidad bien definida como territorio en el que se enfrentan las ambiciones políticas y económicas de los reinos de Valencia-Aragón y de Castilla, lo que parece, en cierto modo, continuación de la herencia ibérica, ya que la Contestania se ve solicitada tanto por el mundo ibérico levantino, como por andaluz-turdetano.

En su estudio geográfico destaca el A. la *unidad* del territorio contestano, que se aglutina en torno a la zona montañosa central y con la zona costera, como gran puerta abierta a las influencias mediterráneas. Disiento del A. en lo de preferir el nombre de «río d'Alcoi» al de Serpis, siguiendo los pasos del Madoz y de algunos geógrafos actuales. No hay que olvidar que por aquellas latitudes los escritores clásicos señalaron la existencia de un río *Sorobis*.

En cuanto a los yacimientos ibéricos nos encontramos con una síntesis de gran interés, tanto de sus materiales, como de sus aspectos urbanísticos, económicos, etc. Quisiera destacar aquí unos yacimientos que se han manejado mucho en estos últimos años: Benimaquia y Pic de l'Aguila, ambos en los alrededores de Denia. Se trata de establecimientos militares, más antiguo el primero (s. IV-III a. C.) que el segundo (II-I a. C.). Surge necesariamente la pregunta ¿qué es lo que defendían estos fuertes? Si aceptamos la opinión de G. Martín y de Tarradell, la primitiva Denia, la posible Hemeroskopeion griega, no era más que una atalaya, un simple puesto de observación, opinión que también sigue Llobregat. Pero ¿es posible que se construyeran tales fuertes para defender a un simple puesto de observación? ¿No serían acaso los fuertes puntos de observación y protección y Hemeroskopeion la ciudad defendida y vigilada? Sigo pensando que el utilizar un argumento negativo (la no aparición de materiales griegos hasta la fecha), no es dirimente para la cuestión. Seguramente no

se ha excavado en la zona ocupada por los griegos, pues todo lo encontrado es periférico al posible núcleo primitivo. Una región que, como la Contestania, ofrece unos 158 yacimientos ibéricos, que ha proporcionado 57 fragmentos de escultura y más de 40 inscripciones en ibero-contestano, escritas en alfabeto turdetano, ibérico y jónico, este último testimonio de una persistente presencia griega, que parece declinar con el s. IV a. C., revelan la existencia, desde época temprana, de una colonización griega, que con paciencia habrá que ir descubriendo con nuevas excavaciones.

Para terminar esta larga nota, quisiera ahora referirme al purismo del A. en la transcripción en valenciano de los nombres de los poblados contestanos, cosa que me parece muy bien, pues creo que hay que mantener los nombres propios de los yacimientos de acuerdo con su denominación vernácula. Únicamente disiento de alguna transcripción de nombre de población. Así el nombre de Elche se transcribe, como valenciano, por *Elx*. No sé qué normas ortográficas ha seguido el A., pero Elche en valenciano se debe de escribir *Elig*, así lo hizo Cavanilles, de acuerdo con un sinnúmero de topónimos que terminan en *-ig*, como Raspeig, Barig, Tirig, etc. Pero éstos son «peccata minuta», que no empañan el valor de la obra, que, como he dicho al principio, es y será de gran utilidad para todos los arqueólogos que se dediquen a lo ibérico. Por todo ello quiero expresar al A. mi felicitación cordial y desearle que continúe desenterrando el pasado de la bella Contestania.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

TEJA, Ramón: *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV, según los Padres Capadocios*. Salamanca. *Acta Salmanticensia*, Filosofía y Letras, n.º 78, 1974, 222 págs.

El libro del Prof. Teja nos parece una contribución de capital importancia por tres razones, una extrínseca y dos intrínsecas. Es la extrínseca el que constituye un trabajo de verdadera calidad, de calidad europea —permítasenos decirlo—, siendo así que se trata de un tema no hispánico, para los que en nuestro país no contamos con tradición arraigada ni con medios ni facilidades suficientes. Es, pues, una razón de circunstancias. Las dos intrínsecas son, a nuestro modo de ver, el que por una parte se nos da una excelente visión global de la situación económico-social y política de Capadocia en la segunda mitad del siglo IV, trabajo que estaba sin hacer, y el que por otra se institucionaliza de modo indiscutible la utilización de los escritos patrísticos como fuente histórica, precisamente eligiendo una provincia bajo-imperial prácticamente accesible para el investigador tan sólo a través de las obras de tres Padres: los capadocios Basilio y los dos Gregorios. El estudio hecho por el autor es una exitosa y palmaria confirmación de algo hasta ahora no por todos admitido o, en todo caso, por casi nadie llevado a la práctica en gran escala: que en escritos (discursos, tratados, cartas) de especial intención teológica y moralizante, como son los de autores cristianos, es posible distinguir reflejos o alusiones al contexto histórico e incluso, aun utilizando los datos con la exigible precaución, reconstruir con ellos en un todo coherente la realidad aproximada del trasfondo económico y social de la época y del lugar. Esta posibilidad, que es de gran interés como coadyuvante de otros testimonios más directos, cuando éstos existen, adquiere, como en este caso, decisivo valor, cuando no se cuenta con la mínima suficiencia de otro tipo de fuentes.

A lo largo de los diversos capítulos de que el libro consta, se pasa cumplida revista a los diferentes fenómenos sociales y económicos que las fuentes utilizadas permiten entrever: el campo y la ciudad, la industria y el comercio, las clases sociales, el dinero, el papel de la

Iglesia y el Estado, la administración, los aspectos culturales, el fisco, las presiones económicas... Todo hábilmente entretejido y estructurado, hay que reconocerlo, aunque quizás algún lector pueda considerar que sería mejor una diferente disposición de los elementos. Es posible que así sea, pero esta observación no pasaría del plano puramente formal.

Destacamos la cautela del autor a la hora de interpretar los datos. Ha procurado evitar un engrosamiento superfluo e inconveniente de la obra a base de muchos detalles que pueden no ser más que recursos retóricos, exigencias de estilo y lugares comunes del género. Lo ha procurado soslayar y sólo en muy contados casos creemos que no lo ha conseguido, circunstancia que no empaña la admirable ponderación de este libro. A lo largo de su lectura se puede ver a qué grados puede llegar la prudencia de un historiador serio. El autor va a los datos seguros, a lo evidente, y no se pierde en vaguedades y en hipótesis gratuitas, por muy fundadas que pudieran parecer. No llega ni siquiera a suponer algo tan lógico como que Capadocia exportara productos agrícolas, sólo porque las fuentes no lo reflejan. Y cuando honradamente presenta algo como hipótesis, ello tiene tantos indicios a su favor, que se podría tener como verdad comprobada, cual ocurre respecto a la suposición de que podrían ser griegos y judíos los integrantes de la acomodada clase comerciante. Diríamos, sin embargo, que no queda clara a nuestro entender la cuestión de la movilidad social en las fuentes aducidas; puede ser acertada la teoría de la no existencia de clases real y rigurosamente estancas, pero también lo es la observación que cualquier lector puede hacer en el sentido de que no se nos presentan fuentes que evidencien una auténtica movilidad social extraeclesiástica, es decir, un trasvase de elementos, fluido y no ocasional, especialmente en sentido ascendente.

En conjunto, el trabajo del Prof. Teja es de excepcional valía. Se le prestará amplia atención por parte de los especialistas del Oriente del Bajo Imperio. Y también de Occidente, como sólido punto de referencia para similitudes y contrastes. Es un ejemplo a seguir en cuanto a método interpretativo de las peculiares fuentes que utiliza, que bien se puede aplicar también a la literatura cristiana de los siglos II-III, hasta ahora no suficientemente urgida en cuanto a un aprovechamiento histórico. Si el ejemplo está aquí, en nuestras manos, sólo hace falta esperar que se imite.

L. G. IGLESIAS

JOSÉ MANUEL ROLDÁN HERVÁS: *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España Antigua*, Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, n.º 76, Salamanca 1974, 538 págs., 1 lámina y 9 mapas.

Esta obra presenta un significadísimo interés por dos motivos fundamentales. Como ya de su mismo título se deduce, ofrece una importante novedad, y creemos que avanza, sobre todas las obras que hasta el momento ha producido la historiografía militar sobre el mundo antiguo. No se trata, como el autor mismo resalta en la Introducción, de ofrecer una aportación más en la línea del anticuario interés tradicional por el aparato militar romano como máquina que movida por los grandes personajes juega un papel importante en la llamada historia fáctica; antes al contrario, siguiendo las corrientes modernas en la investigación histórica, con su valoración de las infraestructuras como base necesaria para comprender el desarrollo histórico en sus verdaderas dimensiones, el Autor ha emprendido el estudio del ejército a partir del elemento humano que lo forma: el soldado. Así pues, es el soldado en todas sus dimensiones, militar, social, política, jurídica, étnica, etc., y no el ejército como unidad abstracta el verdadero sujeto de estudio. De ahí que la obra no constituya sólo un capítulo más de la historia militar del mundo antiguo, sino sobre todo una verdadera apor-

tación a la historia social en el más estricto sentido de la palabra. El segundo motivo de interés radica en que contribuye a llenar uno de los numerosos vacíos aún existentes en el conocimiento de la Historia Antigua de España. Creemos, pues, que con esta obra, unida a la de pronta aparición del colega francés P. Le Roux sobre el Ejército romano en Hispania, cada una con enfoques diferentes, pero complementarios, Hispania pasará a ser una de las regiones mejor conocidas del mundo romano desde el punto de vista militar. El libro comienza con un primer capítulo que podemos considerar como introductorio y que abarca toda la problemática de la utilización de soldados hispanos por Roma durante la República. Dada la ausencia para esta época de epigrafía que constituye la fuente principal para el conocimiento del ejército, este capítulo no pasa de ser un resumen de los antecedentes de la verdadera historia del soldado y el ejército hispanos que para nosotros comienza con la proliferación de las fuentes epigráficas, con la época imperial. El estudioso interesado por el tema podrá encontrar un buen complemento a esta primera parte en el reciente artículo del mismo autor «El elemento indígena en las guerras civiles en Hispania: aspectos sociales», *Hispania Antigua* 2, 1972, pp. 77-123. En el cap. II se aborda el estudio de la utilización de soldados hispanos en el Ejército romano en época imperial siguiendo las huellas de cada una de las unidades de origen romano en cada una de las provincias donde éstas aparecen atestiguadas (Germania, Raetia y Noricum, Dalmatia y Pannonia, Moesia y Dacia, Africa, Britannia y Oriente). El cap. III está dedicado a las unidades y auxilia que estuvieron asentadas en algún momento de su existencia en Hispania y, por último, en el cap. IV se debaten todos los problemas relativos al reclutamiento de tropas (digamos de paso que un error de imprenta debido al cual los títulos de los capítulos III y IV aparecen en el Índice en caracteres de menores proporciones pueden despistar a primera vista al lector para hacerse una idea de conjunto). Tras un capítulo de conclusiones sigue lo que podríamos considerar la segunda parte de la obra: la serie de valiosos apéndices y mapas indispensables en toda obra de base epigráfica y entre los que creemos hay que destacar los textos de las 836 inscripciones y textos literarios que constituyen la base documental de la obra. Esta concluye con dos índices: uno de fuentes y otro de cuerpos de tropa (legiones, alas, cohortes y otros cuerpos) que contribuyen a hacer de ella un utilísimo instrumento de trabajo.

Una vez expuestos el significado y contenido del libro queremos resaltar algunas consideraciones entre las muchas que la obra sugiere. El A. centra todo su estudio en dos puntos claves que se interrelacionan y complementan mutuamente: el de la romanización y el del reclutamiento y ha seguido, creemos que acertadamente, una postura media y ecuánime a la hora de valorar el influjo de ambos elementos en la formación social de la España romana, apartándose de posturas extremas e insostenibles como la de A. Balil en *Emerita* 24, 1956, pp. 108-134 quien atribuye a los soldados hispanos al servicio de Roma ya en época republicana un elevado papel romanizador, llegando a suponer en ellos el conocimiento del latín por el sólo hecho de que las fuentes no hacen mención de intérpretes para aquella época. Frente a posturas como ésta, el A. resalta, por un lado, que la historia del soldado hispano-romano termina prácticamente a mediados del s. II d. C. con la excepción de los soldados de la *Legio VII Gemina* y que el elemento legionario procedía principalmente de regiones ya intensamente romanizadas o de núcleos urbanos privilegiados, y, por otro, que los elementos de las tropas legionarias o auxiliares que eran trasladados lejos de la Península rara vez volvían a ésta una vez licenciados. Con todo, quisiéramos saber más, por ejemplo, sobre la nueva condición de los veteranos españoles la *Legio VII*, pero el A. se limita a constatar que no difería fundamentalmente de lo que sabemos sobre los de las legiones del resto del Imperio gracias a los estudios de Forni, Neumann, Brunt, etc.

Otro punto que queremos resaltar, éste relativo al valor histórico de las fuentes literarias y epigráficas, es la confirmación epigráfica que se nos proporciona de la noticia de Dion

LXXIV, 2, 4 de que los soldados de las cohortes pretorianas en la época inmediatamente anterior a Septimio Severo se reclutaban principalmente, aparte de Italia, de Hispania, Macedonia y Nórico. Efectivamente, como el A. señala son estas provincias precisamente las más representadas en la epigrafía. El A. comete aquí, sin embargo, un pequeño error pues indica que son 25 los pretorianos españoles atestiguados frente a 28 del Nórico y 32 de Macedonia, siendo así que son en realidad 27 como se desprende de las inscripciones presentadas (núms. 749-772). Sin duda alguna lo que le ha inducido a la equivocación es que son efectivamente 25 las aducidas (24 inscripciones + 1 texto de Plinio) pero la inscripción 772 contiene 4 nombres lo que da un total de 27.

Antes de terminar queremos reseñar dos pequeños defectos formales que nos parecen de especial significado. El primero de ellos es la irregularidad seguida en la transcripción de los nombres propios: así nos encontramos, v. gr., con *Metellus* y *Metello*, *Narbonensis* y *Narbonense*, *Tarraconensis* y *Baetica* frente a *Emerita* y *Bracara*, *Sila* y *Sylla*, etc. En segundo lugar la utilización de la cómoda pero anti-histórica expresión «la provincia de Hispania» en vez de la correcta «las provincias de Hispania».

Creemos con todo, que a pesar de pequeños defectos como éstos, el libro del Prof. Roldán constituye uno de los mejores trabajos que sobre Historia Antigua se han escrito en España y es un magnífico exponente de la vitalidad que esta disciplina está adquiriendo en los últimos años en nuestro país.

RAMÓN TEJA